Romeo y yo
(Vol. I)

Miryam Vidal

Romeo y yo

- Vol. I -

Miryam Vidal

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2024
© Miryam Vidal, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-99-8
IBIC: FRD
DEPÓSITO LEGAL: M-22452-2024

A mi abuela Emilia.

Capítulo I

De nada servía lamentarse.

Me encontraba en un hotel de California, con un vestido de fiesta que costaba más que mi coche y el tacón de uno de mis Manolo Blahnik en la mano.

Volví a echar una ojeada al pasillo en ambas direcciones.

Totalmente desierto.

Me aseguré por quinta vez de que era el número de suite correcta y volví a pasar la tarjeta por el lector.

Nada. No le apetecía abrirse.

Respiré hondo en un intento inútil de controlar mis nervios.

Llevaba allí diez interminables minutos, intentando abrir aquella dichosa puerta.

Una cosa la tenía clara. En las condiciones en las que me encontraba, bajar al vestíbulo para pedir ayuda al recepcionista era la última de mis opciones.

Debía pensar en algo ya mismo o tendría que dormir en el pasillo.

Me dejé caer al suelo desfallecida. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos. Respiré hondo para intentar calmarme. Un mar de plumas se acomodó a mi alrededor. Me rozaban los brazos desnudos provocándome un leve y relajante cosquilleo.

El vestido de alta costura que llevaba puesto estaba a la altura de su precio. El corpiño de satén, con escote palabra de honor, embellecía el contorno de mis senos. La falda, completamente confeccionada en seda negra, con cientos de pomposas y auténticas plumas de avestruz del mismo color, se mantenía inamovible en su sitio. Solo las suaves plumas salpicadas con plata se mecían de un lado a otro.

Me enamoré de él en cuanto lo vi.

El sonido de un carraspeo a mi lado me obligó a abrir los ojos.

Dos hombres me observaban, de pie, a mi lado.

Uno de ellos era corpulento y muy alto, vestía traje negro y daba un poco de miedo por la expresión de su cara. Su amigo, mucho menos corpulento y más moreno, me estudiaba con detenimiento. Me quedé estupefacta observando la americana de lentejuelas rojas que llevaba puesta.

Se agachó y me preguntó algo en inglés.

—*I can't open the door* (No puedo abrir la puerta) —expliqué en mi inglés imperfecto.

Me observó con curiosidad. Probablemente no había entendido mi explicación.

—*Sorry. I'm Spanish and I don't speak English very well.* (Lo siento. Soy española y no hablo muy bien inglés) —insistí.

Sonrió.

—No lo ha hecho usted nada mal. Dominicano —aclaró—. Me interesaba por su estado.

Clavó sus ojos en los míos y, por esas extrañas situaciones que ocurren en la vida, no pude apartar la mirada. Me ofreció una sonrisa tierna y amable que calmó mi ansiedad.

—Así pues, tiene usted problemas con la puerta.

—Ajá —asentí—. Soy incapaz de abrirla y… bueno, intentaba no tener que ir a recepción para pedir ayuda —reconocí.

Descubrí la mano, oculta bajo la falda de mi vestido, y en la que sujetaba uno de mis tacones.

Reprimió una carcajada al verlo. Vista desde fuera, mi situación resultaba cómica pero para mí resultaba bochornosa. Tendió su mano y me ayudó a ponerme en pie. La calidez de su piel erizó la mía y, sin pretenderlo, mi cuerpo se tensó mientras él me observaba sin disimulo alguno.

—Hermoso vestido —comentó mirando mi escote con descaro.

No me quedé callada. Ese no era mi estilo.

—Curiosa chaqueta —dije levantando las cejas.

Como respuesta obtuve una sonrisa maliciosa que pronto contuvo.

—Si tiene la amabilidad de prestarme su llave para chequear —me dijo.

Se la di sin estar muy segura de si era adecuado hacerlo.

Ojeó la tarjeta por ambas caras y luego se agachó para mirar el lector de cerca.

Sacó un pañuelo del bolsillo, le echó aliento y lo limpió. Pasó la tarjeta y la puerta se abrió como por arte de magia.

Me extendió la llave mientras decía:

—Algunas veces el lector se ensucia y no funciona.

—Ya… gracias —dije, avergonzada de que no se me hubiese ocurrido una solución tan simple a mí sola—. Lo tendré en cuenta en el futuro.

—Me permite preguntarle cómo es que ha terminado en este estado, frunció el ceño con curiosidad.

Decidí que era mejor ser sincera.

—Al venir de camino tropecé en un escalón.

—¿Fue así como se le quebró el tacón?

Asentí. Miré con tristeza el trozo de zapato que aún sujetaba.

—Va a tener que comprarse unos nuevos —me dijo.

—Ya… —murmuré apenada—. A estos les tenía un cariño especial.

Me callé unos segundos mientras los recuerdos acudían a mi cabeza.

—Creo que los guardaré, aunque no pueda ponérmelos.

Volvió a sonreír levemente y yo respondí del mismo modo.

De algún modo absurdo sentí que él me comprendía.

—No quiero entretenerle más caballero. Mil gracias por su ayuda.

—Créame, ha sido un verdadero placer.

Tras un silencio incómodo se despidió.

—Le deseo que pase buena noche, señorita. Creo que le vendrá bien un poquito de descanso.

—Sí —sonreí.

Entré en la suite y, al girarme para cerrar la puerta, él levantó la mano para decirme adiós. Correspondí a su gesto y pasé el pestillo.

Me saqué el vestido con sumo cuidado.

Al día siguiente lo enviaría de vuelta a la tienda. Ese había sido el trato que Patty, mi representante, había hecho con la boutique. Yo lo utilizaba durante la presentación de la gala benéfica, haciéndole publicidad a la marca, y luego lo devolvía intacto.

Al caerme creí que se había roto, pero, milagrosamente, estaba en óptimas condiciones. Respiré tranquila al volver a comprobarlo por tercera vez. Si le causaba algún desperfecto, no tendría más opción que abonar su coste y no podía permitirme gastar tanto dinero en una prenda tan poco práctica. Por fortuna, mi economía se encontraba completamente saneada en aquellos momentos, pero no quería derrochar en cosas innecesarias.

Debía ser previsora.

El reciente éxito de mi novela en Europa había sido clave para poder liquidar todas las deudas que mi marido me dejó al morir repentinamente, de un infarto.

Mi luto por él fue corto.

Al día siguiente de su entierro recibí una llamada del banco en la que se me informaba de que nuestra cuenta conjunta tenía un descubierto importante, que los últimos dos pagos de la hipoteca estaban sin efectuar y que su seguro de vida carecía de validez por no estar al día con el último abono. No me iban a descontar ningún capital de la hipoteca.

Tristemente, no fue esa la llamada que más me angustió, sino la de un camello al que Rodrigo le debía varios gramos de cocaína y que amenazaba con violar y degollar a mis hijas si no cubría la deuda.

Por si mi situación ya no fuese suficientemente difícil, en las siguientes semanas, mis suegros se fueron del país y desaparecieron de nuestras vidas junto con las joyas que guardábamos en su caja fuerte.

Fue terrible enfrentarme a la realidad de que no debí confiar tanto en el padre de mis hijas. Me hicieron falta un par de días para asimilar la situación. Vendí todo lo que me quedaba; nuestros dos automóviles, aparatos de gimnasia, maquinaria de jardín, juguetes, mi anillo de casada y hasta las bicicletas. Utilicé esa suma de dinero para liquidar al camello y ponerme al día con el descubierto en el banco. Hecho esto, pude renegociar la hipoteca y puse la casa en venta. No podía mantenerla ni pagarla.

Encontré trabajo en una empresa de limpieza.

Mi padre me cedió su viejo coche para que me moviese con libertad para poder ir a trabajar. Legalmente, lo hacía ocho horas al día y luego, de forma ilegal, limpiando casas y algún que otro pequeño negocio después del cierre.

Comencé a tener insomnio, perder peso, padecer alopecia provocada por el estrés al que me encontraba sometida y demás señales que indicaban mi deterioro físico.

Para combatir la falta de sueño y engañar a la ansiedad, comencé a escribir por las noches. De ese modo, las horas nocturnas pasaban más deprisa.

Comencé escribiendo relatos cortos para leerle a mis hijas. Después, unos un poco más extensos y enfocados a adultos para entretenerme, y finalmente, una noche de verano, con la ventana abierta a causa del calor y maravillada mirando un cielo estrellado, me aventuré a plasmar una idea que hacía días me rondaba por la cabeza.

Ese día, Candela y Amancio cobraron vida junto con otros muchos nombres, paisajes y escenarios. Así nació la que sería mi primera novela. Relataba cómo una mujer adulta, alcanzada la madurez, era diagnosticada con cáncer terminal. A partir de ahí, la protagonista contaba su vida presente y pasada desvelando un gran secreto que decidía no llevarse a la tumba.

Durante meses escribí y pulí mi gran obra con ilusión.

Poseer la capacidad de narrar fue para mí gran motivo de orgullo. Tanta satisfacción me produjo que deseé verlo convertido en libro.

Después de informarme bien sobre los pasos a seguir, envié una copia a distintas editoriales. Pasaron meses hasta que mi novela impresa en rudimentarios folios reciclados cobró vida en un formato más sofisticado, con tapas duras, versiones de bolsillo y digitales.

Entre medias, conseguí vender la casa y pude comprar otra más pequeña en las afueras de la ciudad.

Tras varias ediciones que se agotaron en tiempo récord, prácticamente todas las librerías europeas poseían una copia de mi libro en su haber. Incluso se había traducido a casi todos los idiomas hablados y a algún dialecto.

Una vez hube promocionado bien mi trabajo por toda Europa, Patty, mi representante editorial, entre otros muchos oficios, organizó una promoción en los Estados Unidos.

Esa misma mañana había asistido a la primera firma de libros y por la noche tuve que presentar a uno de los premiados en la gala benéfica anual en favor de las investigaciones sobre el cáncer, en California. En ella se adjudicaban diversos premios a personas que,

durante el último año, habían influido positivamente en la búsqueda de una cura para la que ya era la enfermedad del siglo XXI.

Nos obsequiaron con una exquisita y minimalista cena, previo pago de mil quinientos dólares el cubierto.

Durante el transcurso de esta, varias actuaciones de cantantes, cómicos y magos proporcionaron entretenimiento a los comensales. La fiesta servía para recaudar fondos y, gracias a los altruistas espectáculos ofrecidos, se consiguió gran afluencia de público al evento. El dinero recaudado se emplearía en financiar diferentes estudios oncológicos en hospitales y universidades.

Lo cierto es que no presté demasiada atención a nada. Solo podía pensar en mis hijas y en que estaba a muchas horas de vuelo de ellas.

Paola contaba con ocho años. Era tan independiente como yo, así que, en cierto modo, solo me preocupaba que cayese enferma.

La que más me preocupaba era Valeria. Se encontraba en la tierna y, a su vez, rebelde etapa de los seis años. Su carácter inquieto y curioso no ayudaba demasiado en esta fase. No daba tregua a la paciencia de mis padres y me preocupaba que se aprovechase de la situación al saberme muy lejos de casa.

Observé mi reflejo en el espejo.

Estaba hecha un asco.

Me metí en la ducha hasta que mis músculos se relajaron. Aún era temprano para llamar a casa de mis padres y hablar con las niñas, además, necesitaba dormir.

Tiré el albornoz a los pies de la inmensa cama y cubrí mi desnudez con las sábanas. Me dormí enseguida. Inmediatamente después de rememorar mi encuentro con aquel hombre de tez morena y que su mirada perturbara mi ser.

Apagué el despertador de mala gana y remoloneé un poco antes de levantarme.

Después de vestirme, llamé a casa. Las niñas estaban bien y mis padres resistían en su papel de cuidadores.

Miré el reloj. Tenía el tiempo justo para desayunar antes de aparecer en otra firma de libros.

«Este viaje está resultando agotador».

Abrí la puerta de la suite a toda prisa para salir disparada hacia el comedor, pero me vi obligada a frenar en seco al ver a uno de los hombres de la noche anterior apostado delante de mí puerta, al otro lado del pasillo.

Tenía un ramo de rosas amarillas en la mano.

—Buen día, señorita —saludó.

Al menos, hablaba español.

—Buen día, caballero —respondí dispuesta a proseguir mi camino.

Acercándose, me cortó el paso.

—Permítame un momentico para entregarle estas flores. Se las envía mi amigo, el de anoche.

«¡Vaya!».

Perpleja, y sin saber qué decir, me quedé ensimismada mirando las rosas.

—Ehhh... Gracias —reaccioné de modo muy poco original.

—Aquí tiene una tarjeta —puntualizó, quitando un pequeño sobre de en medio de las rosas.

Lo abrí y pude leer:

Permítame desearle un mejor día que el de ayer. P. D.: Se veía espectacular con ese vestido.

Durante un buen rato miré anonadada la nota. No podía creer que aquello estuviese ocurriendo de verdad.

«¿Qué se suponía que debía hacer yo?».

Se me ocurrió una idea con la cual quedaría bien.

—Espere unos minutos por favor —pedí.

Cogí las flores. Entré en la *suite* y busqué en la maleta uno de mis libros en español. Tenía por costumbre viajar con un par de copias por si las necesitaba.

Lo abrí por la primera página sin saber muy bien qué dedicatoria escribir.

No recordaba la última vez que un hombre me había regalado flores.

Eché un nuevo vistazo a la tarjeta «… se veía espectacular con ese vestido». El halago del desconocido me resultó emocionante y la situación divertida, así que decidí ser un poco traviesa.

Con todo mi agradecimiento para el poseedor de la chaqueta más «discreta» que he visto en mi vida. Al igual que mi vestido, no cualquiera puede lucir una prenda así.

Pinté un emoticono guiñando un ojo y sacando la lengua.

P.D.: Gracias por rescatarme anoche.

Firmé con mi nombre y un corazón que me pareció travieso incluir.

Después de dárselo al caballero, desayuné pensando en todo lo ocurrido. Las sonrisitas se me escapaban al recordar mi osadía. Se me había olvidado el arte del tonteo y lo divertido que podía llegar a ser.

Apuré el zumo de naranja y salí del hotel para coger un taxi que me llevase a la firma de libros. No podía permitirme el lujo de dormirme en los laureles pensando en tonterías. El trabajo primaba.

Esta vez, la presentación sería en el salón de un enorme hotel.

Di la dirección al taxista y en menos de quince minutos ya estábamos en el lugar indicado.

Una inmensa cola de gente me impedía llegar a la puerta acristalada y tuve que escabullirme entre ellos, mientras me chillaban al creer que pretendía colarme.

Cuando por fin llegué junto al portero, enseñé mi tarjeta de acceso. Patty me previno la tarde anterior de que tendría problemas para acceder. En la sala contigua había un cantante muy exitoso promocionando su disco.

El hotel contaba con dos inmensos salones para grandes eventos y otras dos salas más reducidas para entrevistas, promociones, pequeñas fiestas privadas y demás.

El río de gente que comenzaba fuera desembocaba en el interior, agolpándose delante de la puerta de uno de los salones más grandes.

Una fotografía mía de la noche anterior descansaba sobre un atril junto a la entrada del salón contiguo y mucho más pequeño.

Entré con paso decidido. Patty se encontraba al final de la sala. Saludé con una sonrisa.

—Ahí fuera hay un montón de gente —comenté.

—Lo sé, es una locura —respondió Patty—. En mi opinión ha sido una mala decisión de Clark, su representante. Hacer aquí la firma de discos... ¡buah! Siempre ha sido un poco inepto —murmuró.

—Lo siento, pero no te sigo —le dije.

—Clark es el organizador de eventos de Romeo.

Mi cara debió decírselo todo.

—El cantante de salsa —recalcó con tono obvio.

—Me temo que no estoy muy al día —sonreí avergonzada.

Entre el trabajo, las niñas, mis padres y la casa... vivía aislada del mundo.

Patty puso su típica cara de estupefacción. Conmigo la usaba mucho. A pesar de ser más joven que yo, me sobrepasaba en cuanto a conocimientos y experiencias vitales.

—Lleva cuatro horas ahí metido firmando autógrafos. Otra metedura de pata garrafal de Clark —mencionó.

Yo no necesité tanto tiempo para promocionar mi libro y tres horas más tarde salí de allí muy satisfecha.

Aunque no tuviese una cola de personas tan impresionante como la del tal Romeo, sí que asistió mucha gente para conseguir mi firma sobre su ejemplar y alguna que otra instantánea conmigo. In situ, también se vendieron una buena cantidad de copias y eso, para mí, era más que gratificante.

Mi trabajo era apreciado y eso compensaba las horas de vuelo y el escaso descanso.

Acompañé a Patty a un restaurante italiano para comer y cuando ambas nos zampamos un buen risotto de setas nos fuimos a desquitarlo, yéndonos de compras.

Patty hablaba inglés perfectamente. Entre los otros idiomas que dominaba, el alemán era su predilecto y, a veces, despotricaba juramentos en esa lengua.

Ella era una viva muestra de que no todas las rubias son tontas. Poseía un equilibrio perfecto entre belleza e inteligencia. Alta, con una fina figura moldeada con ejercicio, piernas de infarto, facciones perfectas y larga melena. Para desgracia de muchos hombres, y fortuna de otras tantas mujeres, Patty era lesbiana y no tenía ninguna relación sentimental. No porque no tuviese éxito, sino porque le encantaba su trabajo y no estaba dispuesta a sacrificarlo por estar con cualquiera. Viajaba demasiado. Sin horarios habituales ni rumbos definidos, así que mantener una relación sentimental con estos inconvenientes tampoco era sencillo.

Llegué de noche al hotel. Sin contratiempos. Dejé todas las bolsas en la entrada de la suite, me quité los zapatos y el vestido, busqué una bata de raso blanca en la maleta y me senté en el *chaise longue* para relajarme.

Desde allí las vistas de la ciudad eran magníficas. California, iluminada, estaba a mis pies. Me embriagué del paisaje. Después del ajetreo de los últimos días me merecía dedicarme unos minutos.

Poco duró mi felicidad.

Llamaron a la puerta.

Caminando de puntillas, me acerqué para ojear por la mirilla.

Al otro lado de la puerta pude observar a mi rescatador de la noche anterior.

Abrí la puerta. Apoyado en el dintel, con el brazo izquierdo flexionado por encima de la cabeza, no podía estar más sexy. Al verme me guiñó un ojo y se me escapó una sonrisa tonta.

Le examiné bien: cara alargada y morena, adornada por unas cejas muy poblada y depiladas en su justa medida. Nariz perfectamente proporcionada y boca...

«¡Buf!, qué calor hace».

Los labios color café estaban enmarcados por una barba que fingía ser descuidada. Llevaba el pelo muy corto por los lados y más largo y rizo en la zona superior.

—¿Ha tenido buen día, señorita? —me preguntó.

—Sí, gracias, así ha sido.

Recordé la dedicatoria escrita en el libro.

—Vengo a agradecerle personalmente por su obsequio.

Sin querer, me sonrojé.

—Ya, bueno… no encontré otro modo de darle las gracias por el detalle que tuvo conmigo ni por su ayuda de anoche.

Evité mencionar lo que me comprometía.

—He tenido compromisos laborables durante todo el día y aunque me hubiese gustado darle las gracias personalmente, no ha sido posible.

—Yo también he tenido un día de locos. Me marché muy temprano en la mañana y hasta estas horas es que vengo de regreso.

—Ah… —balbuceé nerviosa.

¿Qué debía hacer? ¿Invitarlo a pasar?

No. Eso no estaría bien. No le conocía. Ni siquiera sabía su nombre.

—Creo que anoche no me presenté —dije tendiéndole la mano —. Mi nombre es Soledad.

—Soledad Torres. Pude leerlo en el libro —aclaró.

—Ya… por supuesto —reí nerviosa.

—Mi nombre es William Vega.

—¿William? —exclamé—. No se ofenda, pero no tiene usted cara de William.

Sonrió y modificó la postura arrebatadora a una más normal, metiendo las manos en los bolsillos.

—Mis amigos me llaman Will.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—He venido con la intención de invitarla a cenar como muestra de agradecimiento por su obsequio. Me agradaría mucho que aceptara.

Lo pensé un instante. ¿Cuántos años hacía que no cenaba con un hombre que no fuese Rodrigo?

Aquel hombre había sido amable conmigo, parecía simpático y una cena no significaba nada. Además, me apetecía conocerle un poco más.

—De acuerdo. Pero no me trate de usted, por favor —sonreí—. Me cambio y bajo enseguida al vestíbulo.

—Sobre eso… te quería comentar… —puso cara de apuro—. Tenemos un pequeño problema. Tendremos que cenar en mi suite.

No esperó a que le preguntara el porqué.

—Le he dado la noche libre a mis guardaespaldas y no es seguro estar sin ellos, ni siquiera en el restaurante. No soy un depravado y comprendo lo delicado del asunto.

—¿Guardaespaldas? —ironicé.

—*Yes* (Sí) —asintió—. Necesito escolta personal para salir. Es más seguro.

«¿Qué? Vale, ¿dónde está la cámara oculta?».

—Quédate tranquila, mami. No estaremos solos. Pediré a dos camareras del hotel que nos acompañen para servirnos la cena.

Guardé silencio.

—*Please* —suplicó.

Aquel tipo era un conquistador nato y no lo disimulaba en absoluto.

No sé qué me convenció. Si el desafío de darle una lección rechazándolo cuando llegase el momento o la curiosidad por comprobar hasta dónde llegaría con un hombre. Tampoco es que tuviese nada mejor que hacer.

Una hora y cuarto más tarde llamé a la puerta de su suite. Una de las camareras me abrió, dejándome más tranquila al verla. Era cierto que no estaríamos solos. Otra, me acompañó hasta un pequeño salón.

Aquella suite no era como la mía, aunque se encontrasen en la misma planta. Esta era mucho más grande y espaciosa, como un apartamento. También las vistas eran diferentes y muchísimo mejores que desde mi *chaise longue*.

Unas puertas correderas acristalas ocupaban varios metros de pared. Al otro lado podía verse una enorme terraza.

El tal William me esperaba junto a una de las puertas, de espaldas a mí y mirando a través del cristal.

Las camareras desaparecieron tras la puerta de una de las habitaciones, dejándonos solos. ¿Sería una encerrona?

—Hola —saludé impaciente.

Continuó en la misma posición, sin responder.

—¡Hola! —insistí, hablando más alto.

Volvió a ignorarme de nuevo.

Estuve a punto de darme la vuelta e irme, pero, ya que había llegado hasta allí…

Era emocionante.

Me acerqué con lentitud. Tenía los auriculares puestos y por eso no me escuchaba.

Le toqué en el hombro y reaccionó con un pequeño sobresalto. Se giró, retirándose los auriculares y dedicándome una sonrisa.

—Buenas noches, hermosa. Discúlpame, no te oí llegar.

—Me he dado cuenta —sonreí.

Indicó con el dedo que le siguiese al cuarto contiguo en el que habían desaparecido las camareras.

En apariencia era un despacho donde habían improvisado un comedor. ¿Cuánto le costaría aquella cena? Si algo había aprendido en

los últimos meses es que los ricos son excéntricos. Realmente, ¿necesitaba todo aquello para acostarse con una mujer?

Le miré bien.

No, claro que no. Cualquier chica caería en sus redes.

Cualquiera menos yo.

La mesa, las flores frescas y las velas encendidas creaban una decoración idílica. Miré sin disimulo a mi alrededor. Admiré los centros de mesa, los jarrones con agua y las velas encendidas que flotaban a la deriva en ellos, los pétalos de rosa y las telas adornando toda la estancia. Toqué los faroles colocados junto a las cortinas y que iluminaban con luz tenue la habitación. Todo el conjunto era el idóneo para que fluyera el romanticismo.

—Creo que deberías subirle el sueldo a alguien —comenté.

Sonrió satisfecho por obtener lo que pretendía. Impresionarme.

Las camareras se encontraban allí.

—Ellas son Astrid y Alice, nos servirán la cena esta noche.

Me presenté dándole dos besos a cada una mientras ellas permanecían inmóviles y sorprendidas ante mi acción.

—Creo que no han entendido nada de lo que le he dicho, ¿verdad? —pregunté a mi anfitrión.

Les dijo algo en inglés tan rápido que no pude seguirlo.

Ellas se rieron y me dijeron algo que no llegué a entender.

Mi cara debió delatarme y William se prestó como traductor.

—Están sorprendidas de que te les presentaras con tanta familiaridad. Dicen que no es habitual que los clientes del hotel lo hagan.

Lo dicho, los ricos y sus excentricidades.

William Vega vestía unos ajustados vaqueros *denim* que me ponían nerviosa. Deportivos altos y una ceñida camiseta blanca que no dejaba nada a la imaginación junto con una chaqueta de piel de un rojo intenso.

Muy amablemente me retiró la silla para que tomase asiento.

Empezamos con los entrantes, mientras hablábamos del clima de California. Enseguida me sentí cómoda charlando con él. Aunque éramos dos extraños, congeniábamos bien.

—No llego a comprender cómo has conseguido que tu discurso en la gala calara tan hondo cuando tu inglés es un poquito... ecléctico —observó entre risas.

—¿La gala? ¿Te refieres a la de anoche, cuando me encontraste en el pasillo? —pregunté sorprendida.

—Aha —asintió—, me costó reconocerte al principio, pero luego me fijé en tu vestido y me di cuenta enseguida.

—¿Me viste en la gala? Pero... ¿cómo?

William expresó su desconcierto frunciendo la frente.

—¿Acaso no viste mi actuación? Justo terminé al entrar tú.

«Qué bochorno».

—Discúlpame... No recuerdo bien... Estaba hablando con mi familia y justo me avisaron para salir al escenario. ¿A qué te dedicas entonces?

Permaneció callado, con el semblante serio y mirándome fijamente.

Avergonzada, fijé la vista en el plato de piña con langosta de Main que Astrid puso en mi plato.

—¿Te importa que nos quedemos solos un ratito, *please*? —preguntó.

El corazón se me encogió del mismo modo en que lo hacía, cuando de niña mis padres me decían: «Siéntate, tenemos que hablar».

—Por supuesto —susurré.

Astrid y Alice salieron y él arrastró su silla hasta colocarla a mi lado. Cogió mis manos entre las suyas y se me cortó la respiración ante el inesperado contacto de su piel con la mía.

—Soledad, mírame —pidió.

Accedí a lo requerido. La profundidad de su mirada era como observar el fondo del océano desde las alturas.

—Tú sabes quién soy yo, ¿cierto?

Mentir no era lo mío.

—¿William Vega? —dije de un modo absurdo.

Se echó a reír, entrelazando nuestras manos de forma inconsciente mientras se dejaba llevar por la euforia.

—*Oh my God. It´s amazing!* (Oh, Dios mío. Es asombroso) —exclamó—. *All right* (bien), esta mañana hemos vuelto a coincidir en la promoción de nuestros trabajos, en el hotel Hilton. ¿O tampoco viste una enorme fotografía de la portada de mi álbum en la puerta del salón?

Negué, abochornada por completo.